

TIEMPO EN LA TIERRA

Por Manuel de Jesús Goico Castro

(Discurso en la presentación del libro TIEMPO EN LA TIERRA en la Biblioteca Nacional)

Desde los remotos tiempos de Homero y de Virgilio, y en la época en que florecen Rubén, Neruda, Vallejo y Jorge Luis Borges, en el panorama de la cultura universal, constituye la Poesía, gracias a su poderosa gravitación, el hito más valioso con que los forjadores de sueños de la Edad Helénica, del Renacimiento, del Siglo de Oro y de la Edad Contemporánea, han perpetuado la gloria del amor y de la belleza en obras inmortales, embriagados con su sed de infinito.

La soberbia "espada del canto" puesta por Dios en las manos de los poetas, ha obrado el milagro de trocarse en signo de victoria, corazón y cerebro, cauce y destino; legítima aliada de la civilización.

El poeta como espectador del mundo, traductor de emociones, artífice de belleza, oráculo de las edades, asume el rol de testigo y protagonista de la historia. Es esa su misión al montar en el escenario de las generaciones hálitos de verdad y copos de infinito, con su lenguaje ígneo, que como el sol es fuego y al mismo tiempo es luz.

El poeta semeja estar solitario, como en una montaña oteando los horizontes; pero tiene como escolta a los astros y permanece en diálogo perenne con el Universo, con el sueño de descifrar a plenitud las incógnitas del cielo y de la tierra.

Es un sembrador de voces en los cristales de la aurora y en los surcos del viento. Ante su presencia contemplamos atónitos la resurrección de las constelaciones de otros mundos.

Con Hesse debemos repetir que “el poeta saca su obra de la totalidad de sus fuerzas espirituales,” al tiempo que otorgamos vigencia al pensamiento de Ortega y Gasset de que “cada edad tiene su vocablo mágico, que en la hora sincera asciende los senos oscuros de la criatura, como la burbuja del limo en la alberca, trayendo a la superficie el aliento más arcano del ser, el sabor radical que para él tiene la vida.”

El inefable y profundo Octavio Paz en su libro *El arco y la lira*, retablo de preceptos en torno a la poesía de nuestro tiempo, ha formulado que “el placer poético es placer verbal y está fundado en el idioma de una época, una generación y una comunidad.”

Nicanor Parra, poeta y compañero de Neruda, en el homenaje que rindió en 1962 la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile al autor de *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, proclamó que “el *Canto General* y el *Martín Fierro*, cada una en su género, son seguramente las obras máximas de la poesía hispanoamericana, lo que no es poco decir en una literatura que cuenta con obras tan categóricas como las de Rubén Darío, Gabriela Mistral, Vicente Huidobro, Nicolás Guillén y César Vallejo.”

Amado Alonso en su obra *Poesía y Estilo de Pablo Neruda* sostiene que: “No hay poeta alguno, futurista, dadaísta o super realista, que lleve con tanta dignidad y plenitud de sentido, como Neruda, la representación de nuestro tiempo.”

Neruda para agradecer a Nicanor Parra y a la Universidad de su país el homenaje, deshoja su emocionado corazón como una rosa, pétalo a pétalo. Como si sacara piedras preciosas de un cofre, confiesa sus preferencias. Menciona las lecturas que como una vía láctea de armonía siderales se trocaron en

vivencias eternas: "...Por aquellos tiempos, influenciados por Apollinaire, y aún por el anterior ejemplo del poeta de salón Stéphane Mallarmé, publicábamos nuestros libros sin mayúsculas ni puntuación... "Aún se puede ver mi viejo libro *Tentativa del hombre infinito*..."

Neruda elude "un desasosiego más bien formal en Pedro Prado, encantadoramente en Vicente Huidobro, áspero y cordillerano en Gabriela Mistral" "...A Mariano Latorre, maestro de nuestras letras, le corresponde este papel ingrato de acribillarnos con su claridad." "...Alonso de Ercilla es un refinado poeta del amor, un renacentista ligado con todo su ser a la temblorosa espuma mediterránea en donde acababa de renacer Afrodita..."...Alonso de Ercilla, aquel padre diamantino que nos cayó de la luna, nos ha impedido ver nuestra íntima y humilde estructura..."

"...Federico García Lorca, aquel gran encantador encantado... "cuando yo llevaba a medio leer algunas de mis poesías, levantaba los brazos, gesticulaba con cabeza y ojos, me tapaba los oídos, y me decía: "¡Para! ¡Para! ¡No sigas leyendo, no sigas, que me influencias! "

En los últimos párrafos del discurso de Neruda — que podemos juzgar como proclama revolucionaria o credo de estética —, afirma que: "El mundo de las artes en un gran taller en el que todos trabajan y se ayudan, aunque no lo sepan ni lo crean. Y, en primer lugar, estamos ayudados por el trabajo de los que precedieron y ya se sabe que no hay Rubén Darío sin Góngora, ni Apollinaire sin Rimbaud, ni Baudelaire sin Lamartine, ni Pablo Neruda sin todos ellos juntos... Y es por orgullo y no por modestia que proclamo a todos los poetas mis maestros, pues, ¿qu' sería de mí sin mis largas lecturas de cuanto se escribió en mi patria y en todos los universos de la poesía? "

Pablo de Rokha, bardo chileno, atónito o deslumbrado ante los primeros poemas de Neruda; alarmado ante los primeros zarpasos del león soberano, del águila espectador que su siglo vió remontarse por encima del horizonte y sobre las cabezas de aedas laureados en España y América, escribió "con intención de pelea," — afirma uno de sus críticos —, que el joven Neftalí

Reyes compendiaba toda la angustia del hombre chileno y que su poemario era "la tristeza del huasito del Sur." Rokha no presintió acaso la presencia de un singular despegue de Neruda hacia la inmortalidad.

A este primer rival espontáneo de Neruda alguien llamó "Mago del estruendo"... Cuando él comienza a cantar parecen desatarse con violencia cósmica todos los huracanes.

A Neruda le fue fácil imponer su alta jerarquía y conquistar un sitio señero en la poesía chilena e hispanoamericana.

En ese momento el "creacionismo" había otorgado fúlgida aureola y prepotencia a Vicente Huidobro. Su impresionante originalidad era un reto; una impronta triunfal con ánimo de desplazar los dioses de sus altos pedestales..

Un verso de Huidobro, que había susurrado con infinita ternura al oído de su amada, cautivó nuestra juventud:

"Eres hermosa
como el relincho de un potro en la montaña."

En el ínterin, Neruda impertérrito, con la poderosa fuerza de su genio, estructura con su obra un pedestal para su estatua; colosal, visible y admirada hoy desde los cuatro puntos cardinales. Sus versos desafían las edades con el nuevo credo de una métrica revolucionaria, divulgada y aplaudida en las lenguas de las naciones más civilizadas del mundo de nuestros días... Neruda luce dotado del poder de aquel mago de la leyenda que convertía en vino el canto de los pájaros.

Aparece otra muralla, también derribable con las trompetas de Jericó. Era el tiempo en que levanta frente a la expectación del Continente una poesía de tierno misticismo y fuerza lírica, con resonancias inauditas, la soberana y universal Gabriela Mistral, lucero gemelo de la Luna, cuya luz apenas alcanza a apagar el Sol..

Tuvieron que pasar más de veinte siglos para que se produjera el milagro. En el oráculo de su destino el universal Neruda tenía asignado el privilegio de vengar al griego Píndaro.

Después de girar tantas centurias la Tierra bajo la Luna, el Sol y las estrellas, Corina se presenta ahora con el nombre de Gabriela.

A la crítica contemporánea y a las generaciones de lo porvenir, es posible que les resulte difícil evaluar, con la vara mágica de la imparcialidad, la dimensión de tales colosos, porque las notas de sus liras viajan hacia la inmensidad del espacio y soñamos ver sus rostros iluminados con cabelleras olímpicas, perdidos entre las nubes, como esas cumbres que rozan con sus penachos la epidermis del cielo, frente al espectáculo sideral en que participan impávidas águilas invencibles y nieblas impenetrables. La fantasía es tema para un mural del azteca Diego Rivera, cuyas manos supieron manejar con genio los pinceles renacentistas de Miguel Angel.

Gran aliento y fuerza lírica están visibles en las estrofas del libro *Tiempo en la Tierra* del poeta Mariano Lebrón Saviñón, que, como una pirámide de belleza y de sabiduría, se erige hoy frente a la contemplación y al análisis de la crítica de nuestro idioma.

El humanista, poeta y dramaturgo Manuel Rueda en el prólogo del libro acertadamente califica a Mariano Lebrón Saviñón como "soberano e inmovible," dotado de un "lirismo siempre desbordante" y proclama, con lúcida e incuestionable autoridad, que esta obra es una "síntesis fuera de lo común, que confiere riqueza y significación a la poesía dominicana del siglo XX."

Manuel Rueda hace honor a su prestigio de crítico en el prólogo del libro. Estructura una semblanza cabal del autor y analiza su poemario con ingenio en el bello estilo que le es peculiar. Coincido con sus preferencias: *Me duelen estos hombres* y *Elegías Absurdas*, poemas de extraordinaria hondura filosófica y belleza, traducibles a otras lenguas, aspiración que formulo con la esperanza de que la gloria del poeta penetre a otros Continentes.

Entre tantos poemas hermosos de este libro, que suelo declamar en la Torre de Marfil de mi Biblioteca, en tertulia con mis amigos, evoco ahora un breve poema, escrito por Mariano a los 15 años, en el 1937, consagrado a Antonio Machado:

“Antonio, Antonio, tu rosal de aroma
florece en la nostalgia de mi amor
como tímida rosa que se asoma,
porque soy como tú, triste y sediento,
y como tú, discípulo del viento
y también aprendiz de ruiseñor.”

En la época en que Mariano Lebrón tañe su lira con “sed de infinito,” la lírica dominicana ostenta con orgullo las obras de una pléyade de poetas de dimensión continental, como la que forja este bardo original y sapiente humanista. Sus nombres, son símbolos luminosos: Antonio Fernández Spencer, Manuel del Cabral, Pedro Mir, Manuel Rueda, Freddy Gatón Arce, Lupo Hernández Rueda, Enriquillo Rojas Abréu, y otros poetas tan ilustres como ellos, a quienes el mundo de las letras también contempla coronados en el Parnaso nacional; en este lar de glorias y de ensueños, en esta Isla que es para Américo Lugo “deliciosa como una fruta, fresca como el rocío, núbil como una princesa, bella como una flor... beldad de la naturaleza, novia del cielo...”

Es grande el júbilo que regocija mi espíritu al poner *Tiempo en la Tierra* en manos de tan selecto auditorio; poemario que es como un ánfora de licor milagroso – como aquel vino que las mismas manos de Jesús fabricaron en las bodas de Caná; libro que grabará eco eterno en el tímpano de la posteridad; hito señero en la historia de la cultura dominicana.

Mariano Lebrón Saviñón con esta obra *Tiempo en la Tierra* se ha colocado – como Neruda en su tiempo – en la vanguardia de los más grandes poetas de su generación.

No está esclavizado a radicalismos de izquierdas ni de derechas. Su pasión por el arte puro no está comprometida con ninguna ideología. No siente odio ni envidia a nada ni a nadie.

Su pensamiento, luminoso, diáfano, incontaminado, sólo tiene una meta: el amor y la belleza. Su dominicanidad no está en tela de juicio porque no sea, como otros, marxista—leninista, entregado a irreflexivas simpatías antillanas que lesionan la integridad de nuestro nacionalismo.

Su obra poética está exenta de palabras obscenas innecesarias. Ni está tocado del virus de una vanidad enloquecida. Ni comete la osadía de proclamarse el más grande de los poetas dominicanos de esta época y de las anteriores.

Lebrón Saviñón es sencillo, manso, tierno. No alardea de su grandeza espiritual. Además de poeta es purista del idioma e historiador de la cultura. Es un humanista; un esteta de cultura ecuménica, erudición vasta y portentosa imaginación. Por ello, consciente del extraordinario valor de su libro, no vacilo en proclamar que el vino consagrador de la crítica en España y en sus veinte posesiones espirituales en el mundo colombino, saciará la justa sed de eternidad que inspira al autor. El y nosotros tendremos el orgullo de ver perpetuado su nombre, con alta jerarquía y dimensión continental, en el ennoblecido y preclaro elenco de los más grandes poetas que prestigian con sus versos la lengua castellana en las dos últimas décadas del siglo XX.

Como si estuvieran mis manos pobladas de mirtos y de laureles para ceñir su frente soñadora, con reverancia y admiración, y como si una rosa de impecable blancura y aroma colocara en el ojal de su traje, evoco ahora los dos últimos tercetos del soneto consagrado a Cervantes por Rubén Darío:

“Cristiano y amoro caballero
parla como un arroyo cristalino.
Así le admiro y quiero,
viendo como el destino
hace que regocije al mundo entero
la tristeza inmortal de ser divino! ”